

Muchacha nadadora

Qué alegría de peces tiene el río
cuando llega a su orilla una muchacha
y se quita su cáscara vestido
para vestirse novia sólo de agua,

Dulcísimo sus músculos dorados
por la lengua del sol. Piel de manzana.
Estrella de los cielos trampolines
que cae como una flor recién cortada.

Una rosa que a Dios se le ha caído
de su celeste y natural solapa,
y en un vaivén de pájaro perfume
busca por nido el corazón del agua.

Bracea domadora de los peces,
corza que huye, grácil, cuando nada,
cuello, alegría o beso perseguido
por no sé qué paloma solitaria.

Su femenino bronce jardiniza
el aire enamorado que la abraza,
palmera de cabellos ondulados
vertidos en morena catarata.

Cortando el agua su cuchillo alado
que baja y sube y juega y dora el agua
y crece en flecha y llega a la otra orilla
espuma de ángel, ella, en cuerpo y alma.

Sus muslos olorosos de poleo
son de carne de música mojada,
y sus brazos molinos de las olas
muelen los besos de su risa blanca.

Nadadora de menta por el río.
Cuerpo para la envidia de la rana.
Ritmo que abraza el agua toda suya.
Novia que bate el récord de la gracia.

Sus manos y sus pies al son preciso
parecen cuatro pájaros que bailan
dejando tras de sí nardos de espumas
y mariposas en la estela ahogadas.

Qué emocionado late el hondo río
cuando por su corriente la muchacha
sirena de oro dulce pastorea
los gallos de las olas de agua clara.

Un ángel en bikini por la orilla
que entre los juncos deja olor de garza
y recuesta en la yerba su cansancio
bajo el sol que le cuelga una medalla.

Y otra vez a nadar. Hundirse toda
desde una peña, en vuelo, pato al agua,
de orilla a orilla su jardín flotante
perfuma de belleza la mañana.

Muchacha nadadora, golondrina
sobre la piel del río vuela rauda,
y es una flor que a Dios se le ha caído
de su celeste y natural solapa.

Luis ALVAREZ LENCERO